

La primavera del Nuevo Milenio

Laura Cortés

Culminó brillantemente el festejo de la Primavera del Milenio en Tajín, que este martes amaneció bañada por los intensos rayos de un sol que se abrió paso con inusitada fuerza luego de que la noche anterior los Dioses del Trueno bailaron su última danza antes de descansar por un breve tiempo, que para el simple mortal significa varios meses.

Después de la impresionante ceremonia de la noche anterior que bañó de luces y rayos láser a esta ancestral ciudad ceremonial, donde miles de visitantes se asombraron con el maravilloso espectáculo presentado por bailarines, danzantes, músicos de diversas corrientes y tendencias armónicas, se dio paso al instante de reflexión.

Al amanecer de este martes familias enteras, vestidas con albos atuendos, traspasaron las puertas de acceso a la ciudad sagrada para reunirse en diversos puntos del lugar, levantar los brazos hacia el cielo, saludar a los cuatro puntos cardinales, y luego recibir la candente energía del sol que hizo valer su nueva presencia en esta, la primavera inicial del tercer milenio.

Pero otros rindieron tributo a la primavera asistiendo desde temprana hora a la Cumbre Tajín a presenciar el último programa artístico de estos cinco días de festejo.

Como en todos estos días, los festejos iniciaron con el vuelo de los danzantes papantecos en la Plaza del Volador. Culminado el rito que se realiza desde tiempo inmemorial, empezó a desgranarse el conjunto de actividades artísticas.

Hoy desfilaron por la Plaza de la Música la Banda Tajín con sus notas a veces melancólicas, a veces alegres; los Negritos, los Santiagueros, los Guaguas, el Grupo Xóchitl, los Quetzalines y los San Miguelitos, todos ellos grupos musicales y de danzantes del Totonaca-

pan que nos mostraron lo que es el carnaval en los pueblos de estas latitudes.

Luego siguió un momento romántico con el bolero papanteco cantado por Antonio Chena. Sí, el alma totonaca también sabe cantarle al amor, perfumado éste con vainilla e incienso. El Nicho de las Sombras fue con Antonio Chena el nicho del amor.

La flauta de pico de Horacio Franco, que la noche anterior en el espectáculo multimedia había asumido el papel del anciano sabio que describía la creación de Tajín, ahora mostró nuevas facetas, nuevas tonalidades que demuestran por qué es considerado uno de los mejores en su género.

Los aires del sur de México son representados fielmente por la marimba de Zeferino Nandayapa, quien en el Nicho del Tiempo hace que pies y manos no tengan quietud tratando de seguir su ritmo alegre, contagioso. Don Zeferino encabeza a una dinastía de marimberos que han dado prestigio a Chiapas, su tierra natal, en todo el mundo.

La décima picante, jocosa, alma del son jarocho, vuelve a hacerse presente con Paloma Blanca y el Jaronero Solitario, el pícaro trovador del puerto de Veracruz que unos días antes, al inicio de Cumbre Tajín, se encuentra fortuitamente con los Trovadores del Sur y la Negra Graciana, y se arma el "palomeo", el guateque en el que los versos pícaros, sabrosos, hacen reír y gozar a los privilegiados que tenemos el gusto de ver este encuentro fuera de programa, en un pequeño restaurante a un lado de Tajín.

La danza ritual es la expresión más acabada del homenaje a las deidades en las culturas prehispánicas, y Azteca Tlamalinxóchitl es un grupo que interpreta con maestría estos bailes ceremoniales en la Plaza de la Música, donde después llega la alegría del circo con Circuba y Ambia que realizan va-

rias de las rutinas clásicas del arte circense, tan viejo como la humanidad misma.

Mientras, Gilberte Meunier y su danza contemporánea se presenta en el Nicho de las Sombras. Arte de vanguardia, a veces poco entendible, pero siempre interesante.

Antonio Zepeda, uno de los momentos estelares de Cumbre Tajín, regresa con su etnomúsica. Es increíble la cantidad de sonidos que surgen de su imaginación a partir de la ejecución de instrumentos precolombinos y de objetos comunes que tienen una gama de tonalidades difíciles de creer si no ve uno cómo los produce este notable músico.

La noche llega a la Plaza de la Música cuando se presenta la llamada Reina del Heavy Nopal, Astrid Hadad, y sus Tarzanes. Música que es mezcla de estilos, parodia de otros. La extravagancia de la Hadad choca contra lo establecido por los cánones de las llamadas divas de la música, pero esta artista de la capital del país, en donde es objeto de culto por sus seguidores, escapa a cualquier clasificación. Su actuación es muy celebrada por los asistentes a su performance, que no show.

Y que mejor para cerrar estas 100 horas de música, de arte, de relajación y misticismo que las notas del son jarocho que interpretan el Son la Plaga y Los Cojolites. Notas alegres, con la sencillez del canto de hombres y mujeres del sotavento veracruzno, que también han llegado a rendir homenaje a los Dioses del Trueno que descansan plácidamente allá en lo alto, entre los macizos de nubes que vuelven a cubrir las altas montañas que resguardan a Tajín, dando paso a la primera de las primaveras del tercer milenio, hasta que llegue el momento de que vuelvan a descender sobre la tierra en medio de relámpagos y lluvia, a reclamar lo que por siempre les ha pertenecido. 